



TODO RECTO

Leo en una novela del autor Theodor Kallifatides un episodio en el que cuenta que, perdidos en una ruta, decidió pedir indicaciones a un lugareño de cómo llegar a su destino, y la respuesta de su interlocutor fue:

- “Cuando lleguen al final del camino, entonces continúen todo recto”

Y cuenta que así llegaron por fin donde necesitaban llegar.

La frase me arranca una sonrisa cada vez que la leo, porque me parece una metáfora preciosa de la vida: cada vez que sentimos que llegamos al final del camino, continuemos todo recto.

Cuántas veces he pensado, en una determinada faceta vital, que llegaba al final del camino: “mis hijos ya son mayores, ya no me necesitan”, o “mi carrera ya está consolidada, no hace falta que siga investigando”, o “ya tengo los amigos que tengo, no necesito más”. Y podría pensar en mil otros ejemplos.

Y no, el supuesto final de todos esos caminos no es ningún final. Tengo que continuar, y continuar todo recto. Continuar siendo padre, continuar investigando, y continuar tejiendo amistades siempre que se me presente la ocasión. Al revés, si me convengo de que en efecto es el final del camino (de alguno de estos caminos) será mucho lo que seguro que me perderé.

Me encanta la idea, y me encanta su ironía. Porque podría decirse “cuando lleguen al final del camino, tomen el desvío a la derecha”. Pero no, la propuesta es continuar todo recto. Esto es lo que niega la idea de final, y la propia idea de un camino definido y claro, con sus encrucijadas y sus desvíos. Así es la vida: todo recto, aunque pensemos que acaba el camino.